



Revista Chilena de Literatura

ISSN: 0048-7651

rchilite@gmail.com

Universidad de Chile

Chile

Subercaseaux, Bernardo  
IRIS Y EL FEMINISMO ARISTOCRÁTICO  
Revista Chilena de Literatura, núm. 92, abril, 2016, pp. 283-290  
Universidad de Chile  
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=360245699015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## IRIS Y EL FEMINISMO ARISTOCRÁTICO

*Bernardo Subercaseaux*  
Universidad de Chile

En la década del Centenario (1910), el pensamiento de emancipación de la mujer transita por varias vías. Por una parte el feminismo aristocrático y la corriente estética a través de la cual éste se expresó: al que hemos llamado espiritualismo de vanguardia<sup>1</sup>, movimiento que tuvo en Inés Echeverría a su figura más destacada. Por otra parte, el feminismo laico y mesocrático representado en gran medida por Amanda Labarca, y, en el mundo popular, el feminismo en sectores ácratas y obreros que se manifestó sobre todo en las cobradoras y conductoras de tranvía, mujeres que operaron en el espacio público de la capital entre fines del siglo XIX y 1930.

Con respecto al feminismo aristocrático, sus figuras más destacadas fueron, entre otras, María Luisa Fernández –madre de Vicente Huidobro– Inés Echeverría de Larraín (Iris), Mariana Cox Stuken (Shade), Sara Hubner, Rebeca Matte (la escultora) y Teresa Wilms. Casi todas ellas tuvieron los recursos económicos y el tiempo para dedicarse a las que llamaban “actividades del espíritu”. También participaron, colaboraron o dirigieron revistas y agrupaciones destinadas al fomento de la independencia y autonomía de la mujer, estimulando su interés por la educación, el arte y la cultura. Fundaron o participaron en instituciones como el Club de Lectura (1915) o el famoso y controvertido Club de Señoras (1916-1923), institución que incentivó el rol de la mujer y realizó una extensa labor en el campo cultural de elite, situándose en las antípodas de organizaciones conservadoras como la Liga de las Damas Chilenas, institución ésta que percibía en la cultura moderna (sobre todo en el teatro y en el cine, pero también en el hecho de que la mujer ampliara sus horizontes más allá de la casa y la familia), una amenaza para la moral y las buenas costumbres. Revistas como *La Familia* (publicada por Zig-Zag entre 1910 y 1928), *La revista azul* (1914-1916), *Silueta* (1917-1918) y *La tribuna ilustrada* (1917), de las cuales fueron colaboradoras, tuvieron una estrategia proselitista pero no confrontacional, intentaban vincular los intereses tradicionales de la mujer de elite (la moda, la decoración)

<sup>1</sup> Véase, Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Volumen II. Editorial Universitaria, Santiago, 2011. Recurrimos en esta introducción básicamente a ese volumen.

con los nuevos intereses de la mujer en el mundo moderno (el arte, la lectura, la vida del espíritu). De allí que con frecuencia se perciba en estas publicaciones cierta tensión entre sujeto femenino y sujeto aristocrático, o entre un sujeto femenino tradicional y otro que busca ampliar el horizonte de la mujer hacia la cultura y lo público. Es en esta zona de tensiones del espiritualismo de vanguardia que indaga la brillante entrevista que le hace Amanda Labarca a Iris en la revista *La Familia* (1915).

Hay que señalar que tanto Iris como el resto de las mencionadas vivían estilos de vida que desafiaban los moldes tradicionales, eran consideradas excéntricas y tildadas –en algunos casos– de inmorales por la sociedad “bien pensante” y el “vecindario decente” de la época. Desde un punto de vista político, a pesar de su filiación aristocrática, casi todas ellas apoyaron a Arturo Alessandri y también al movimiento estudiantil. Mantuvieron sin embargo cierta distancia frente a la política, como señala un editorial de *La Revista Azul*: “podríamos hablar sobre política pero preferimos no tocarla, pues pensamos como Madame Augol que *“la politique est tres peu poetique”*”.

Iris puede considerarse como la figura más representativa del espiritualismo de vanguardia, de esa sensibilidad que percibía la vida del alma como la experiencia más sublime y trascendente, como la única que enaltecía y justificaba la existencia humana. Concebía la morada interior y la profundidad de la vida espiritual como el foco de toda creación y como materia prima del arte. De allí que los géneros preferidos sean la prosa poética y los géneros memorialísticos, los diarios de vida y de viajes, los perfiles y viñetas. Más que por el camino de la razón o de lo meramente descriptivo, recurrían a los presentimientos, a las revelaciones fugitivas e inexplicables, a las sugerencias o las divagaciones nebulosas. Para esta sensibilidad el reino del espíritu no tenía fronteras ni nacionalidad. Son mujeres que practicaban una suerte de ecumenismo espiritual. “No son –escribió Iris– los barcos ni los trenes los que alejan o acercan a los corazones. Son los grados de nuestro desarrollo interior. Por encima de las ciudades chatas o de los altos rascacielos que habitamos, están las ciudades espirituales a que pertenecemos, y cuya legítima ciudadanía no limitan ni las distancias ni las fronteras”<sup>2</sup>. Iris como la mayor parte de las autoras vinculadas a esta tendencia, tuvo una visión crítica y más bien negativa de Chile, situándose en las antípodas de ese nacionalismo que caracterizó las fiestas del Centenario “Por desgracia hay en mi tierra –advierte– una ranciedad de mente, una opacidad de atmósfera, que cuando encontramos algo espontáneo, ligero, preguntamos atónitos si por ventura no hemos (acaso) traspasado la frontera”<sup>3</sup>.

Es con estas preferencias que interactúa la entrevistadora Amanda Labarca, asumiendo desde una perspectiva mesocrática –con cariz republicano y cívico– un punto de vista crítico que no deja de ser amable. Está consciente de que si bien estas mujeres desafiaban la concepción tradicional y conservadora de lo femenino, en lugar de luchar políticamente ante ella se inclinaban más bien por formas alternativas de intensificar la vida espiritual

<sup>2</sup> Iris “La mujer en sus diversos estados” Transcripción de conferencia dictada ante las voluntarias de la Cruz Roja, *La Nación*, Santiago, 7-1-1923.

<sup>3</sup> Iris, op. cit.

como la teosofía y el espiritismo. Pero aun así, las percibe como una fuerza positiva en pro de los derechos de la mujer, e intenta atraerlas hacia un feminismo mesocrático y republicano, portador de un proyecto educativo que abarcaba no solo a las mujeres de elite sino también a las capas medias y a todas las mujeres del país. Se trata de ideas y sensibilidades diferentes –pero con algunas pulsiones en común–, es en este contexto de un diálogo entre dos mundos que hay que leer la presente entrevista.



Agosto, 1915

## *La vida del espíritu*

Conversando con la Señora  
Inés Echeverría de Larraín

Buscando el frescor de un oasis en la aridez de las preocupaciones diarias, fuimos, no hace muchas tardes, a conversar con la reputada escritora y distinguida dama. Inés Echeverría de Larraín, cuyos pseudónimos Iris e Inés Bello son, de cierto, habituales a las lectoras de "FAMILIA".

Nuestra conversación no tenía nada del reportaje. Fuimos atadas sus palabras y las mías la incitaban cariñosamente a seguir describiéndome la vida de su espíritu.

La melancolía de la tarde tumbaba su luz grisácea en el velo sutil de la neblina. Afuera el viento hincaba sus filos en las gentes, en las aves ateridas, en las ramas deshojadas de los árboles, mientras que en la tibia atmósfera

de la sala se desenvolvía amablemente la charla seductora.

Como engrases finos aparecían en la apretada malla de su conversación los rasgos del ingenio, los retruécanos chispeantes. La gracia picaresca de su decir fluente. Pero no eran solo sus palabras las que me interesaban: quería penetrar a través de ellas, de sus gestos y ademanes, en el arca escondida de su vida espiritual.

Mas, ¿es esto posible? ¿acaso no es la vida aún más tomadiza y pasajera que los celajes de un cielo de otoño?

Puede que fuera la melancolía de la estación. Las claridades macilentas de la tarde, el frío, y quién sabe que otros factores determinantes de ese momento, los que me mostraron a Iris como una descontenta de todo: de su país, de su

medio, de su época e igualmente de las formas en que hasta aquí ha variado los productos de su arte.

Este descontento emana de sus conceptos y se revela por igual en su graciosa y punzante ironía. Este rasgo que constituye como una florescencia de su personalidad le ha suscitado más de una vez desazones y molestias inmerecidas. Iris es una mujer que siente profundamente, que vibra con las emociones de los demás, que simpatiza fácilmente con los otros y cuando se burla no ridiculiza las personas sino los defectos. La vanidad, la pretensión, el orgullo necio como la pedantería, el fanatismo ciego son por lo general el blanco de sus sátiras, y no puede negarse que si en vez de describir paisajes sentimentales, hubiera trasladado al papel todo el humorismo, el ingenio y la ironía que campea en su charla, sería, amén de las más reputadas novelista de Chile, la más original y preciada de todas las artistas americanas.

Naturalmente la conversación recayó sobre su obra.

- ¿Por qué ha escrito usted en francés su último libro: "Entre Deux Mondes"?

- Porque es el idioma de mi arte: porque pienso y siento en francés.

- ¡Qué cosa más rara! Siendo usted chilena y todavía nieta del más grande de los gramáticos castellanos...

- No, no es raro. Voy a contarle a usted los principios de mi vocación y se convencerá. De muchacha y viviendo todavía en el austero encastramiento de la familia, sentía ya el impulso de escribir, pero me daba cuenta también de lo inaudito de semejante impulso: una muchacha escribiendo, y escribiendo literatura! Y no obstante y a pesar de todo, yo sentía imperiosamente la necesidad de dar forma a mis pensamientos y a mis ensueños. No hubo más que un medio de conciliar mis vehementes deseos con el natural pudor de substraer mis escritos a los comentarios y a las burlas, y escribí en francés. Las voces extranjeras llegaron a hacerseme habituales y durante mi vida he redactado el diario de mis días en la lengua que yo amaba más...

- Entonces, ¿a usted no le gusta el castellano?

- ¡No, mil veces no. El castellano es para mí la lengua de la cocinera, del

proveedor, de las cuentas de la casa... Si alguna vez me enseñaron fue en castellano; los que me pelas, gracias a Dios, también lo hacen en castellano... ¿y usted quiere que lo ame?!

- Es que el artista no debe atender solo a la idea, sino también a la palabra. Todo escritor purifica, afina y dactiliza el idioma, y siendo así, creo yo que usted tiene la obligación de cultivar el tuyo y no otro.

- ¿Por qué?

- Porque el idioma es una parte del alma de la raza, y su obra no está, no puede estar aislada: es un producto de un estado de conciencia de la colectividad en un momento de su evolución, y agrádeczame que le haga gracia de una profunda elta de Taire. Que aquí viene al punto....

- Desgraciadamente, yo tampoco siento afinidad alguna por lo que usted llama mi raza. Miro mi estirpe y no me reconozco. Los que estuvieron cerca de mí en los años dóctiles de la infancia y en los años milagrosos de la juventud, no hicieron nada por desarrollar en mí esa solidaridad racial. Hasta los 30 años yo fui una cosa, algo que habría podido llamarse sin desmedro un ser esclavo y hasta

inconsciente. ¿Y pensar que aquí hay mujeres que no pasan nunca de los treinta años!

- ¿Y la patria tampoco habla a su conciencia de artista ni a su alma chilena?

- Menos todavía. ¿Qué es la Patria? ¿Quién la puede definir? ¿Por qué han de ser más hermanos míos los que ven ocultarse el sol tras de los mares, que los que lo vieron esconderse detrás de las montañas? A mí no me educaron en el amor a la Patria, ni yo lo he aprendido a sentir después. Amo la Europa mucho más que la América, porque a pesar de aquí hay solamente repúblicas y suele haber allá monarquías, puede vivirse en ellas una vida más libre, más consciente, menos llena de enredos, de abismos, de pequeñeces; más amplia, más artísticamente refinada, más llena de belleza, de arte, de alegría, de talento y de personalidad. Todo es más fácil allí, desde la compra de un velo que armonice con el traje, hasta la publicación de un libro y la concepción de muchos otros.

- No comparto en modo alguno sus teorías. Yo sé que si algo siento y pienso lo debo a mis antepasados, a este suelo que me nutre, a estas montañas que me cobijan, a esta luz cruda que es nuestro

hala y nuestro ambiente; me creo tan solidaria de mis compatriotas; tan primitivamente adherida al terruño que no dejo de pensar en él, en su porvenir, en su grandeza y en su suerte cada vez que mis palabras buscan un eco en otras almas. Y si todo es diferente aquí, como usted dice, es porque no amamos bastante a nuestro país para perdonarle de buen grado los pequeños sacrificios que nos impone.

- Pero no me negará usted que el castellano es un idioma atizado, lleno de herrumbre, tieso, con el cual es imposible alcanzar las modulaciones del francés.

- Sí, lo niego. Ahí tiene usted a los modernos hablistas, Valle Inclán, por ejemplo. ¿No lo compara usted en maestría del decir a cualquiera de sus émulos franceses? Y si el castellano fuera una lengua canchada, los artistas como usted deberían darle la flexibilidad que usted cree que le hace falta.

- ¡Oh, no! ¿Por qué se habría de adoptar una arma mellada cuando puede disponer de una lámina de acero flexible, recia y firme al mismo tiempo?

- Porque la primera es la que usted posee y la segunda, tiene que pedirla prestada al vecino.

- No nos pondremos de acuerdo sobre esto...

- Afortunadamente estamos ciertas de concordar en muchas otras cosas. ¿Cómo va su libro?

- ¡No me diga! ¡Si esto es un horror! Con una ingenuidad de colegiala yo me había hecho a la ilusión de construirme un rinconcito tranquilo donde trabajar, u me instalé aquí. Usted sabe que soy miope y que necesito, por consiguiente, mucha luz, por eso esas ventanas no tienen cortinas y todo el que pasa se considera autorizado para husmear lo que hago. Por fortuna yo no veo. Pero hay algo peor. Al principio estaban arreglando esa calle no transitaba ningún vehículo, todo iba bien, pero terminados los arreglos han dejado en el pavimento, frente a frente de los balcones, una arista sobresaliente y ahora no hay carruaje que yente: matemáticamente todos vienen a chocar precisamente ahí, y a cada instante, en lo mejor de una frase, me hace saltar el estruendo de un terremoto. Y por este otro lado, en el asfalto mojado y resbaloso de la Alameda, parece que vinieran a caer todos los caballos de Santiago, y estoy condenada a presenciar la brutalidad de los cocheros, y no puedo

contenerme y salgo y los insulto y ellos me insultan a mí y salen mis sirvientes a defenderme y ... ¡Oh, esto es el Paraíso! ¡Y hábleme usted de los encantos de la vida santiaguina y hábleme de que yo debo querer mucho a mi país y considerar como hermanos a todos estos salvajes inferiores a las pobres bestias que castigan inhumanamente!

En los ojos que estornaba la miopía fulguraba la indignación, y al evocar los dolores mudos de los pobres animales la artista sentía erizarse su exquisita sensibilidad, esa sensibilidad delicada que transparentan sus libros y que ella trata de ocultar quizás bajo las apariencias de su ironía.

- Sin embargo, Iris, ¿dónde no encuentra usted salvajes? ¿No los ha hallado en París al igual que aquí?

- Pero allá uno los puede huir...

- Volvamos a su libro. Me interesa sobretodo. Dígame - si esto no es indiscreción - ¿va a desarrollar usted un tema parecido al de "Entre Deux Mondes"?

- No. "Entre Deux Mondes" fue sólo un ensayo. Yo cuento a mis amigos que lo escribí solamente para pasar mi examen

de escritura. Quería medir mis fuerzas; oír lo que la más alta crítica europea dijera de él, y según eso, continuar en el cultivo de mi creación o abandonarla de una vez para siempre.

- De más está preguntar el resultado...

- Ya lo creo, puesto que usted me ve escribiendo un nuevo libro. Lo que llevo publicado son ensayos, tímidos ensayos, tanteos ciegos en un camino ignorado. En éste quería expresar este mensaje que cada artista trae al mundo y por la expresión del cual se lucha, se sufre, se muere a veces.

- ¿Trabaja usted metódicamente?

- He tratado de hacerlo. Pensaba dedicar todas las mañanas exclusivamente al libro, pero... ¿No se siente usted descorazonada, Amanda, en este momento? No me niegue. A pesar de todo su optimismo juvenil, a despecho de todo lo que usted afirma de su amor por los demás y por su país, ¿no encuentra usted que aquí las individualidades son aplastadas como si se tratara de reptiles venenosos? ¿No siente usted en vez de brazos que la elevan, manos crispadas que tratan de bajarla, de hacerla recordar en todo momento que antes que el ideal



deben estar las conveniencias, los prejuicios, el qué dirán? No me lo niegue, porque no se lo creería.

- Ni trato de negarlo, Inés; pero creo que, en parte, somos nosotros mismos los culpables de tal estado de cosas.

- ¿Cómo?

- porque todos los artistas como los Blest Gana, como los Doblé Urrutia, los Silva Vildósola, la Rebeca Matte, y Harris, y Backhaus que representan el triunfo del arte chileno en vez de formar aquí un ambiente, se van a usufructuar del que otros lucharon por crear en la vieja Europa. Y este ejemplo de los grandes, es naturalmente seguido por los demás. Pregunte usted a cada uno de los pintores, de los poetas, de los músicos nuestros cuál es su aspiración mayor y contestarán que es irse a París, no por un corto viaje, sino para vivir y trabajar allí. Si todos aquellos artistas triunfantes vivieran entre nosotros, si trabajasen aquí, si concubieran aquí sus grandes obras, vería usted cómo se forma el ambiente y se depura el gusto en plazo no distante.

- Y mientras tanto, Amanda, ¿qué hemos de hacer nosotros?

- Preparar el terreno para los que han de venir.

- ¡Oh, no! Yo no tengo instinto de apóstol.

- Yo tampoco; pero quieras que no, tenemos que aceptar las leyes de la realidad.

- La vida del espíritu es implacable.

En este instante entró una de las hijas de Iris. Su serena belleza de diosa griega, fue como una claridad dentro de la sala y su sonrisa como una caricia sedante.

- Rebeca, dije yo, si dentro de veinte años usted constata que hay en Santiago un ambiente artístico y una intensa vida espiritual y usted encuentra en ellas un goce más refinado y más alto que todos los que hoy se le puede ofrecer aquí, recuerde usted que su madre ha trabajado, ha luchado y ha sufrido para que usted pueda sentir las dulzuras de una vida que nosotros no conocimos.

A. LABARCA H

(Transcripción: Andrea Martín Campos)